Lección 3
(16 al 23 de Julio de 2011)

Alegraos ante el Señor: El Santuario y la adoración

Ozeas C. Moura [1]

Durante esta semana consideraremos el servicio del antiguo santuario hebreo, el centro de adoración del pueblo de Israel, y extraeremos lecciones acerca de cómo podemos tener una experiencia más profunda de adoración.

"Y habitaré en medio de ellos"

"Tú los introducirás y los plantarás en el monte de tu heredad, en el lugar de tu morada, que tú has preparado, oh Jehová, en el santuario que tus manos, oh Jehová, han afirmado" (Éxodo 15:17).

Esta es la primera referencia de un santuario en las Escrituras. Constituyó parte de un cántico de liberación de los hijos de Israel, luego de salir de Egipto. El versículo no sólo habla de un santuario, sino que sugiere que será la morada de Dios en la tierra.

La Biblia habla de los muchos atributos de Dios, entre ellos el de la trascendencia y la inmanencia. La trascendencia tiene que ver con la sublimidad y la grandiosidad de Dios. Isaías la vio y expresó: "Vi al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y la orla de su manto llenaba el templo" (Isaías 6:1). Eso es trascendencia. Muestra el abismo que existe entre Dios, Santo e Infinito y la criatura pecadora y finita. Pero las Escrituras también resaltan el otro atributo divino: la inmanencia, que es el modo por el cual Dios se relaciona con el ser humano, entra en su historia y está con él en sus momentos buenos y malos.

---

[1] Doctor en Teología Bíblica, en el área de Antiguo Testamento. Fue pastor distrital durante doce años en varias iglesias de Brasil. Trabajó como redactor de la Casa Publicadora Brasileira durante tres años, además de enseñar Teología durante nueve años en el Instituto Adventista del Nordeste. Actualmente es profesor de Teología en la Universidad Adventista de San Pablo, campus Engenheiro Coelho.

Isaías 57:15 muestra tanto la trascendencia como la inmanencia de Dios: "Porque así dice el Excelso y el Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo Nombre es Santo: 'Yo habito en la altura y en la santidad, y con el contrito y humilde de espíritu, para reanimar el espíritu de los humildes, y dar vida al corazón de los contritos'". Fue para "habitar" con los seres humanos que Dios le dio órdenes a Moisés (Éxodo 254:8, 9) de que construyera un santuario, el símbolo visible de la habitación o presencia de Dios entre su pueblo, y el centro de toda la adoración israelita.

Cada aspecto del tabernáculo terrenal debía representar correctamente a un Dios Santo y ser digno de su Presencia. Todo lo que se relacionara con él debía inspirar el sentimiento de temor y reverencia. Al fin de cuentas, era la morada del Creador del Universo.

Corazones dispuestos

En la construcción del santuario Dios contó con la colaboración de personas con "corazones dispuestos", o sea, voluntaria (Éxodo 35:5). Aquí vemos una de las características fundamentales de la adoración: ser voluntaria, no forzada, motivada por la percepción de la grandiosidad y bondad de Dios y de nuestra pequeñez, carencia y pecaminosidad.

De la construcción del santuario mosaico podemos extraer varias lecciones acerca de la adoración:

1. En primer lugar, la adoración tiene que ver con el interior de la persona, con su disposición voluntaria, placentera, de adorar a Dios. En eso consiste ser "liberal de corazón" (Éxodo 35:5).

2. La adoración no es pasiva ni únicamente contemplativa. El adorador es llamado a hacer algo, demostrando activamente que está del lado de Dios y lo tiene en gran estima. Los israelitas del tiempo de Moisés actuaron, trayendo ofrendas en oro, plata, bronce, piedras preciosas y pieles de cabritos y otros artículos necesarios para la construcción del tabernáculo (Éxodo 35:5-9). Además, colaboraron en la construcción con sus variados talentos (Éxodo 35:10).

3. La donación de ofrendas es parte importante de la adoración. Así, al traer nuestras ofrendas (y diezmos) al Señor, lo hacemos con gratitud por las bendiciones recibidas de parte del gran Creador y Sustentador.

4. En nuestra adoración a Dios debemos entender que Él siempre merece lo mejor: en la construcción del santuario fueron empleados los mejores materiales (oro, plata, piedras preciosas, etc.) y las personas más talentosas (Bezaleel, Aholiab y otras personas bajo la supervisión de ellos, Éxodo 35:10, 25, 30, 35)

El holocausto continuo

"Esto es lo que ofrecerás sobre el altar: dos corderos de un año cada día, continuamente. Ofrecerás uno de los corderos por la mañana, y el otro cordero ofrecerás a la caída de la tarde" (Éxodo 29:38, 39).

El sacrificio diario de corderos, el “holocausto continuo” (Éxodo 29:42), debía de enseñarle al pueblo su constante necesidad de Dios y la dependencia de Él para la supervivencia física pero, por encima de todo, para el perdón y la aceptación delante del Señor. El fuego sobre el altar debía estar encendido día y noche (Levítico 6:8-13). Ese fuego podría servir como recordativo permanente de la necesidad de un Salvador.

Los holocaustos tenían una función pedagógica. Servían de recordativo constante a los israelitas de la seriedad del pecado (la muerte es el resultado) y la venida del Mesías, el “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Lamentablemente, la gran mayoría de los israelitas perdió de vista esas lecciones. Con el tiempo, pasaron a creer que los sacrificios eran apenas un medio de comprar el favor de Dios o de aplacarlo por algún acto errado cometido. La adoración, que debía ser el fruto de un corazón contrito y agradecido pasó a convertirse en una mera formalidad, desprovista de vida y significado; algo así como un simple trueque entre el adorador y su Dios.

Comunión con Dios

Cada parte y mobiliario del santuario había sido proyectado para llamar la atención de los israelitas al hecho de que Dios anhelaba relacionarse y mantener una comunión con ellos. Además del hecho de que todo el santuario era un tipo de la obra de Cristo, el altar de los holocaustos mostraba el amor de Dios en proveer un Sustituto para la muerte del pecador; la pila de agua recordaba a los adoradores israelitas que Dios deseaba limpiarlos del pecado; la mesa de los panes de la proposición mostraba el cuidado de Dios en suplir las necesidades físicas del pueblo; el candelabro indicaba que Dios ilumina y orienta a su pueblo; el altar del incienso representaba a Dios escuchando las oraciones de los adoradores; y el arca, con su luz gloriosa –manifestada en la *Shekinah* en el propiciatorio– era un símbolo de la presencia de Dios entre el pueblo.

Aún cuando hoy ya no tengamos con nosotros el santuario mosaico, ni la luz brillante de la *shekinah*, tenemos la promesa de que Cristo, en la persona del Espíritu Santo, está con nosotros “todos los días” (Mateo 28:20). Y se nos dice que ese Espíritu nos guiará “a toda verdad” (Juan 16:13). La verdadera adoración debe ayudarnos a estar más dispuestos al liderazgo del Señor y sus enseñanzas, porque la reverencia debe enseñar la actitud de fe y sumisión a la voluntad divina. Así, aún cuando Cristo haya ascendido a los Cielos, no estamos huérfanos ni de la presencia ni de las orientaciones divinas. El Espíritu Santo nos ha sido dado para que quedara “para siempre” con nosotros (Juan 14:16).

Regocijarse ante Dios

Aún cuando la adoración israelita se expresara a través del ritual del tabernáculo, con sus variados sacrificios y consecuente derramamiento de sangre, no debía ser triste ni formal. Dios ordenó a los israelitas que se regocijaran “ante el Señor”, cuando comparecieren delante de Él para adorarlo. Ellos debían gozarse delante del Se-

ñor en su adoración. Esa orden aparece repetidas veces. Queda claro, entonces, que la experiencia de la adoración debe ser gozosa. Al fin de cuentas, las verdades de la salvación, redención, intercesión y juicio ¿no son acaso motivos de gozo? ¿Qué otras cosas nos alegrarían?

Hoy existe la tendencia de irse a los extremos: o una adoración fría, mecánica y formal, con mucha instrucción, pero poco gozo y emoción; o una adoración fervorosa, demasiado emotiva, pero con poca instrucción extraída de la Palabra de Dios. El remedio para este dilema es escuchar las orientaciones divinas respecto a la construcción de tabernáculo israelita y cómo debía ser la adoración. El mismo Dios que le dio instrucciones a su pueblo a través del sistema sacrificial, les encomendó que lo adoraran con regocijo.

Ozeas Caldas Mouras
Profesor de Teología
Univ. Adventista de San Pablo
Campus Engenheiro Coelho



Traducción: Rolando D. Chuquimia
© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática